Un sinvergüenza encantador

Un sinvergüenza encantador

Originally published in English under the title:
A Proper Scoundrel

Copyright © 2021 Esther Hatch
Spanish translation © 2023 Libros de Seda, S.L.

Published under license from Covenant, Inc.
ALL RIGHTS RESERVED. No part of this work may be reproduced in any form or by any means without permission in writing from the publisher.

© de la traducción: María Ubierna

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Isabel Arenales
Maquetación: Rasgo Audaz

Ilustración de cubierta: © Pedro Fernández Fernández

Primera edición: noviembre de 2023

Depósito legal: M-
ISBN: 978-84-19386-21-2

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

ESTHER HATCH

Un sinvergüenza encantador

Libros de seda

Para Greg

Gracias por hacerme reír durante los primeros años de matrimonio. Ya he oído todos tus chistes, así que, por favor, deja de contarlos.

(Y gracias también por lo que escribiste para mí cuando no sabía cómo inmortalizar nuestro amor de manera adecuada. Todavía me haces reír y todavía lamento haberte pegado la mononucleosis).

«Al atardecer nos visita el llanto; por la mañana, el júbilo».

Salmos, 30:5

Capítulo 1

SOLO HABÍA DOS TIPOS DE hombres que cruzasen la puerta de la oficina de Diana Barton en la calle Rochester: hombres de negocios de verdad y aquellos que le hacían perder el tiempo. El señor Broadcreek pertenecía al segundo grupo y era el peor de todos.

Diana buscó con la mirada el reloj de bolsillo que guardaba en el cajón medio abierto del escritorio. Llevar tanto la línea de ferrocarril de su hermano Nate como la de la compañía Richardson habría sido mucho más fácil si no se hubiera corrido la voz de que una mujer soltera era en aquel momento la dueña de Ferrocarriles Richardson. Habría echado al señor Broadcreek de la oficina hacía una hora si no fuera porque tenía a más miembros del Parlamento como inversores que cualquier otro hombre en el negocio del ferrocarril.

Y más que cualquier mujer en el negocio del ferrocarril. Pero, por lo que sabía, ella era la única mujer y, en ese momento, no contaba con el favor de ningún lord. Un gran contratiempo, ya que se necesitaba la aprobación del Parlamento cada vez que se creaba una nueva línea.

—Mi última línea se terminó de instalar dos semanas antes de lo previsto —presumía el señor Broadcreek. Mientras hablaba se le movía el bigote como si fuera una oruga marrón. Acercó su silla

al escritorio, se inclinó hacia delante y, a su vez, ella se echó hacia atrás. Debía mantenerse lejos. Por lo menos no le había vuelto a proponer matrimonio. Se estaba quedando sin argumentos educados para decirle que no.

Todavía tenía una hora para pagar en la tienda de balasto[1]. Solo tenía que soportar que el señor Broadcreek se fuera por las ramas durante unos minutos más. Después lo obligaría a irse, y si tuviera que gritar para conseguirlo, lo haría. Ya llevaba hablando por los codos una hora y veinte minutos, lo más seguro es que no pudiera continuar haciéndolo mucho más.

El hombre parecía querer llevarle la contraria y continuaba parloteando sin parar.

—Así que verá, señorita Barton, sé que sintió que mi tasación de Ferrocarriles Richardson fue infravalorada cuando me ofrecí a comprársela a la señora Richardson, pero de verdad sentía que mi dominio y experiencia aumentarían enormemente su valor. Sin mencionar que, después de algunas preguntas bien hechas, descubrí que usted no pagó más de lo que yo le había ofrecido. No puede seguir echándomelo en cara cuando usted hizo justo lo mismo.

Diana apretó los dientes. Tendría que despedir al abogado de la señora Richardson. El de Nate nunca habría divulgado tales secretos a nadie, y mucho menos al señor Broadcreek.

—No es lo mismo, la señora Richardson y yo somos amigas. Cuando falleció el señor Richardson le prometí que ayudaría como pudiera.

Torció el gesto y la oruga del bigote acompañó cada movimiento.

—¿Echándola de su compañía de ferrocarriles y abocándola a la ruina? ¿Eso es ayudar?

Se agarró con fuerza a ambos lados de la silla. Era la primera vez que él admitía que el precio que le ofreció a Charlotte por Ferrocarriles

1 N. de la Trad.: Capa de grava o piedras sueltas que sirve de base para instalar las vías férreas.

Richardson era muy bajo. Pero no podía contar eso como una victoria mientras cuestionaba su capacidad de liderar la empresa.

—Señor Broadcreek, una cosa de la que puede estar seguro es de que no voy a llevar Ferrocarriles Richardson a la ruina. Y otra cosa con la que puede contar es que yo no voy a timar a la señora Richardson. Una vez termine la línea en la que trabajamos ahora y reciba la autorización del Parlamento para construir otra, valdrá el doble de lo que se ofreció a pagar por ella. Puede que ella ya no sea la dueña de la firma, pero todavía tiene un interés económico en la empresa. —Cualquier beneficio lo compartiría con Charlotte cuando vendiera una compañía mucho más valiosa. Sería suficiente para que la viuda viviera sin problema con sus tres hijos durante el resto de su vida.

El señor Broadcreek tosió.

—Conseguir eso es demasiado para una jovencita como usted sola. Yo podría ayudarla. Ya sabe que me manejo bien en el negocio.

Sabía lo que él querría a cambio de su ayuda: casarse con ella. De ese modo se quedaría con su empresa y le saldría más barato que comprarla a precio de saldo. Pero un soltero de mediana edad que solo tenía en mente su compañía ferroviaria sería el último tipo de hombre que ella elegiría para casarse. Solo el marido podía firmar por una mujer casada después de que se pronunciaran los votos, incluso aunque la compañía en realidad perteneciera a ambos. El señor Broadcreek nunca defendería su acuerdo con Charlotte, lo que, en definitiva, convertiría a Diana en una especie de timadora a los ojos de todos.

—He estado dirigiendo Ferrocarriles Richardson durante casi un mes y la mayor parte de Ferrocarriles Barton durante varios meses. Estoy bastante segura de que puedo arreglármelas sola.

—¿Está segura? —El hombre sacó un reloj de bolsillo y apretó los labios —. ¿No tenía que realizar hoy un pedido de balasto?

Se le paró el corazón. Deslizó la mirada hasta su propio reloj, guardado en el cajón, pero solo habían pasado un par de minutos desde la

última vez que lo había mirado. Todavía tenía una hora, mucho tiempo siempre y cuando el señor Broadcreek se fuera pronto.

—Sí. De hecho, me temo que tendremos que interrumpir esta conversación para que la señora Oliver y yo podamos ocuparnos de ese asunto.

Se levantó y el señor Broadcreek, un caballero solo en detalles sin importancia, la siguió. Caminó hasta el perchero de la entrada de la oficina y tomó su capa. La señora Oliver estaba ordenando su escritorio para poder marcharse. El señor Broadcreek extendió las manos carnosas para ayudarla a ponerse la prenda, pero ella fingió no darse cuenta.

Él bajo las manos.

—London Ballast & Company ha cerrado hace una hora.

Tomó la capota del perchero con determinación. Tenía que estar equivocado, la tienda de balasto cerraba a las seis. El señor Broadcreek le había hecho perder el tiempo varias veces, pero nunca había consentido que le impidiera cumplir los plazos. Cuando todo Londres la observaba y esperaba que fallara, no había margen para el error.

—Creo que debe de tener el reloj adelantado. Todavía no son las cinco.

—El problema no es la hora, sino el día.

Lo que decía no tenía sentido.

La señora Oliver se acercó a Diana y tomó su abrigo.

—¿Jueves?

El señor Broadcreek no dejó de mirar a Diana, aunque fue la señora Oliver la que hizo la pregunta.

—Mañana es el Día de San Andrés.

¿El Día de San Andrés? ¿Qué importaba eso?

—El Día de San Andrés es un festivo escocés. No debería tener nada que ver con mi balasto.

El hombre sonreía cada vez más.

—Esa es la razón por la que un marido sería de gran ayuda para usted, señorita Barton, especialmente uno que haga negocios con

London Ballast. El dueño, el señor Boyd, es escocés y está orgulloso de serlo. Siempre cierra antes la tienda la víspera de San Andrés.

No podía ser cierto. Nunca dejaba nada para el último momento, pero cada día más y más hombres iban a su oficina y le hacían perder el tiempo. Cada vez le costaba más cumplir los plazos, pero nunca fallaba.

—No puede ser verdad.

—Compruébelo usted misma. —Extendió el brazo—. Estaré encantado de acompañarla.

¿Y que se regodeara de su humillación si estaba en lo cierto? Ni en sueños. Su reputación como mujer de negocios desaparecería si no terminaba la línea a tiempo. Sin un excelente historial de negocios, el Parlamento no le otorgaría la licencia para construir otra. A pesar del frío en la oficina, una gota de sudor le cayó por la nuca.

—No, la señora Oliver me acompañará como siempre. Quizá se haya equivocado.

—Por su bien, espero que sí —respondió, con un brillo malicioso en los ojos.

Diana abrió la puerta y lo invitó a marcharse, algo que debería haber hecho una hora antes. Cerró la puerta tras él y respiró hondo.

—¿Tan malo sería si se atrasara el pedido? —preguntó la señora Oliver mientras se ponía el abrigo.

Diana se apretó la sien con las manos.

—Podría acelerar el envío.

—Así que no sería tan malo... —La señora Oliver se puso la capota sobre el cabello canoso.

—No tenemos dinero para pagar el envío urgente en un pedido tan grande. He usado la mayor parte de lo que gané con Ferrocarriles Barton para comprar la empresa a Charlotte. Y el presupuesto de Ferrocarriles Richardson es escaso hasta que tengamos esa línea en marcha.

—Bueno...—La señora Oliver se ató la capota bajo la barbilla—. Entonces, esperemos que el señor Broadcreek se haya equivocado.

Echó un vistazo por la ventana y vio que por fin se había ido.

—Hablaremos por el camino. Si de verdad está cerrada la oficina, nos las tendremos que ingeniar para conseguir una cantidad considerable de dinero antes del lunes.

No habían caminado ni una manzana cuando el señor Keaton, con el cabello recién peinado y una flor en el ojal, apareció delante de ellas.

Diana no lo saludo; giró rápidamente, sin siquiera frenar el paso. Había rechazado su compañía en el camino a casa tres veces aquella semana y no tenía tiempo de escabullirse una vez más. La señora Oliver murmuró una disculpa en voz baja y aceleró el paso para unirse a ella.

A cada paso de camino a la tienda de balasto, Diana se ponía más nerviosa. Malditos todos y cada uno de esos hombres. Si tanto querían una compañía ferroviaria, que aprendiesen a trabajar y crearan una. Eso era lo que había hecho Nate.

Por desgracia, no había muchos hombres como su hermano en Londres.

La señora Oliver caminaba a la par que ella.

—Siempre puede pedirle al señor Barton algo de dinero.

—No hay tiempo para eso. Está en Baimbury y necesitamos el dinero en muy poco tiempo. —¿Pedírselo a su hermano Nate? Ni hablar. Por fin estaba haciendo realidad su sueño de volver a hacer productiva la finca en Baimbury, así que le correspondía a ella hacerse cargo de todo en Londres. Si hiciera la más mínima alusión a sus problemas, él se subiría al primer tren de vuelta a la ciudad.

Además, si recurría a él, tendría que contarle que había comprado Ferrocarriles Richardson y tal vez pensara que dirigir ambas compañías sería demasiado para ella. Pero no lo era. Nate y el señor Richardson habían hecho un excelente trabajo para hacerlas crecer; ella solo debía mantenerlas en marcha. Era capaz de hacerlo.

Su hermano nunca había tenido que enfrentarse a la persecución de mujeres por el simple hecho de dirigir una empresa ferroviaria.

—Puede que sea el momento de pedirle al señor Barton que vuelva. —La señora Oliver caminaba al mismo ritmo que ella, a pesar de triplicarle la edad. ¿Qué haría sin su ayuda? Se volcaba en la compañía casi tanto como ella, así que no quiso darle la razón para no preocuparla. Londres no estaba hecha para que las mujeres dirigieran negocios, por lo menos no sin un hombre que las protegiera—. Podría venirnos bien para intimidar a todos esos necios que vienen a la oficina.

—Aún no. No voy a pedirle que vuelva todavía.

—Entonces tal vez deba elegir a uno de los pretendientes que vienen a la oficina y permitirle que la corteje. Eso alejaría a los demás y por fin tendría el tiempo que necesita para hacer todo el trabajo.

¿Elegir a uno de esos hombres pretenciosos? Incluso aunque empezase un cortejo con alguno de ellos, no sería fácil persuadir al resto para que la dejasen en paz. Salvo que el hombre fuese uno imponente. Pero ¿qué haría ella con un hombre imponente una vez que hubiera espantado a los demás?

Aligeró el paso. El ridículo cargado con el dinero para el balasto le golpeaba la pierna al andar. Rezó para que su bolso volviera vacío a casa.

La lluvia cubría las calles de Londres de riachuelos y charcos embarrados. Diana utilizó la capota para taparse un poco la cara y salió del carruaje que había alquilado. La única joya que le quedaba —el collar de esmeraldas que consiguió salvar cuando Nate vendió cuanto podía para empezar su negocio ferroviario— ya no estaba. Era de su abuela, pero si eso significaba que el balasto llegase a tiempo, el sacrificio merecería la pena. La gente era más importante que las joyas, y Charlotte confiaba en ella.

—Es un poco tarde para que una señorita esté sola en la calle. —Levantó la cabeza y casi se resbaló por culpa de un charco.

Reconocería ese bigote en cualquier parte. Ni la peor de las tormentas lo alteraría.

El señor Broadcreek.

Había pasado los últimos tres días arreglando el problema del que él tan felizmente había sido testigo. Era tarde, el sol ya se había puesto, estaba empapada y lo único que quería era derrumbarse en la cama.

—Señor Broadcreek, ¿qué está haciendo aquí?

—Esperaba acompañarla a casa.

La puerta de la vivienda de la señora Richardson, su casa durante los últimos tres meses, estaba a tres metros.

—Creo que puedo ir yo sola.

—Gestionar todo sola a veces no es la mejor opción. Y menos cuando tiene a alguien dispuesto a ayudarla.

—Nate está en Baimbury; la finca y su mujer lo necesitan allí. Soy muy capaz de manejar todo yo sola. Si no lo fuera, Nate no me habría dejado al mando.

Se atusó el bigote y dio un paso al frente.

—No me refería a su hermano.

Diana sintió una presión en el pecho. Ya tenía suficiente con soportar a los hombres en la oficina, pero aquella era su casa por lo menos mientras la señora Richardson la necesitara.

—¿Se refiere a un pretendiente?

El señor Broadcreek dejó de caminar y se quedó inmóvil.

—Puede que sí me refiriera a eso.

Podía ver un destello de lujuria en su mirada. Tras semanas intentando ganársela, pensaría que por fin lo había conseguido.

Imposible.

Diana sonrió.

—Ya tengo uno de esos.

Él frunció el ceño. Si hiciera preguntas al respecto, no tendría ninguna respuesta que ofrecerle. Necesitaba que desapareciera de su vista de inmediato, pero la puerta de casa de la señora Richardson tenía valla. Tendría que llamar a antes de poder entrar, y se negaba a permanecer un segundo más en su compañía.

—Y tiene razón, él me está ayudando mucho. De hecho, hay una cosa más de la que debo hablar con él esta noche. —Se dio la vuelta y subió el primer escalón del carruaje. El conductor la miró sorprendido, pero enseguida entendió la situación y asintió con sutileza.

—Señorita Barton —la llamó por detrás Broadcreek—, no puede ir a visitar a un hombre después del anochecer. Arruinaría por completo su reputación. —Ella entró en el carruaje. Mejor arruinar su reputación que arruinar Ferrocarriles Richardson—. Ningún hombre en Londres va a quererla. —La manera en la que habló sonó amenazante.

¿Ningún hombre en Londres iba a quererla si su reputación estaba arruinada? Se sentó en el asiento tapizado y el conductor fue tras ella a cerrar la puerta. La lluvia que golpeaba el techo del carruaje acallaba la perorata del señor Broadcreek. Se echó hacia atrás, apoyó la cabeza sobre la pared y una especie de calma se apoderó de ella. La idea de que ningún hombre la quisiera no le parecía una maldición. El señor Broadcreek quiso hacerle una advertencia, pero, en vez de eso, le ofreció un poco de esperanza.

Una reputación arruinada no era el fin del mundo. Los hombres a los que había conocido hasta aquel momento en Londres eran unos prepotentes. Claro que le gustaría casarse algún día. No podía mirar a Nate y Grace y no querer la misma felicidad. El carruaje se adentró en la noche. Se frotó la sien y respiró profundamente. Cuando quisiera casarse, solo tendría que volver a Baimbury. No tenía la necesidad de hacerlo por dinero o estatus, así que encontraría a un buen hombre y se establecerían lejos de Londres en cuanto dejase el negocio ferroviario.

Unas cuantas calles y un giro después, el conductor frenó.

—¿Adónde vamos, señorita? —preguntó, elevando la voz para hacerse oír sobre el sonido de la lluvia. ¿Cómo era posible que ese conductor de mediana edad fuera más considerado que cualquiera de los caballeros que conocía? Había esperado hasta que

el señor Broadcreek estuviera muy lejos de ella para preguntarle su destino. Se quedó sentado bajo el chaparrón esperando su respuesta.

Necesitaba un hombre que arruinase su reputación y que no quisiera su ferrocarril a cambio. Un hombre que no la obligase a casarse con él o que no se tomase su farsa en serio.

Un nombre flotaba en su cabeza desde que había asegurado que alguien la cortejaba. Apenas se habían visto y era probable que ni se acordase de ella. Pero Diana no había podido olvidarse de él. Le temblaba la mano, que se frotó en el costado. Solo era un hombre como otro cualquiera de Londres, se dijo. Por supuesto que podría arreglárselas con uno si eso la libraba de aguantar a muchos cada día.

Le dio una dirección al conductor. La lluvia seguía cayendo, pero el coche de caballos de alquiler no se movía. ¿No le había oído por la ventana? Se echó hacia delante para repetírsela; pero, antes de que pudiera hacerlo, él respondió:

—Sí, señorita.

A juzgar por la pausa, incluso él debía de saber de quién era la dirección que le había proporcionado. Mientras el carruaje avanzaba, se pellizcó la nariz y respiró hondo. Su vestido era un desastre, su capota estaba destrozada y llevaba sin dormir bien varios días.

Así no era en absoluto como esperaba volver a ver a lord Bryant.